

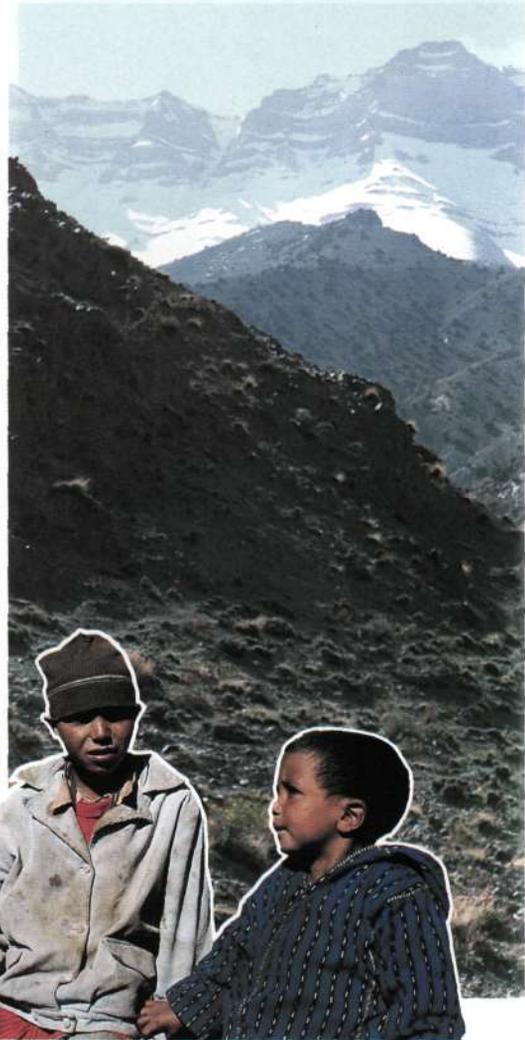
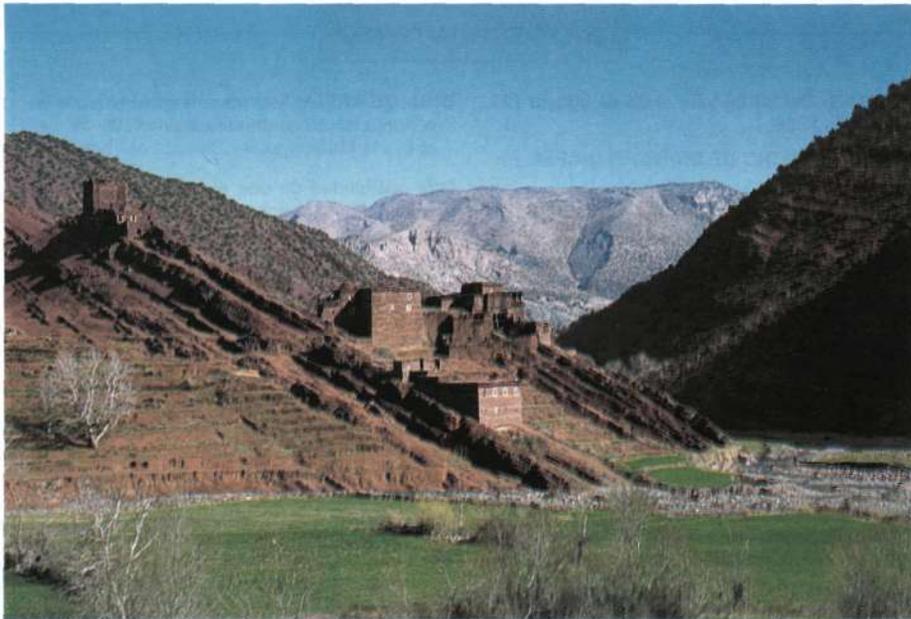
## Esquí-trek en Marruecos, algo diferente, sugestivo...

JUAN MANUEL SOTILLOS

**A**LUCINABAN unas señoras, presuntamente solteras, cuando en Marrakech coincidimos con ellas en el despacho de pasaportes. No se creían que podríamos ir a esquiar allí, a Marruecos, cuando ellas lo que pensaban eran tomarse unas vacaciones torrándose al sol de las playas del norte de África.

Pero allí íbamos Angel Fernández, Javier Rivas, Xabier Calvo, Txelis Carmona, Jon Mikel Telletxea, Koldo Aldaz y yo, a las montañas del Atlas, muy por encima del nivel del mar al que se dirigían aquellas «neskazarras», ellas en trajes de baño —o bikinis—, nosotros con más ropa de abrigo —aunque también hacía calor durante el día de marcha—; ellas descalzas por la arena, nosotros calzados con las botas y tablas de esquí de montaña. ¡Qué ambientes tan diferentes!

Es cierto, en el Alto Atlas se puede esquiar. Se puede practicar el esquí de montaña. Mezcla de esto último con el hecho de andar por sus montañas, aunque sea con los esquís a cuestas cuando no había nieve, nos pareció idónea la palabra esquí-trek como definición de la actividad que estábamos realizando. Una especie de trekking, acompañados de mulos que nos dejaban en el límite de la nieve, junto con la práctica de esquí de montaña, resultaba ser un atractivo binomio que hizo que aquello cobrara una dimensión totalmente diferente, por supuesto atractiva. Y además, sugestiva. Algo tan diferente como por ejemplo, el esquí-trek.

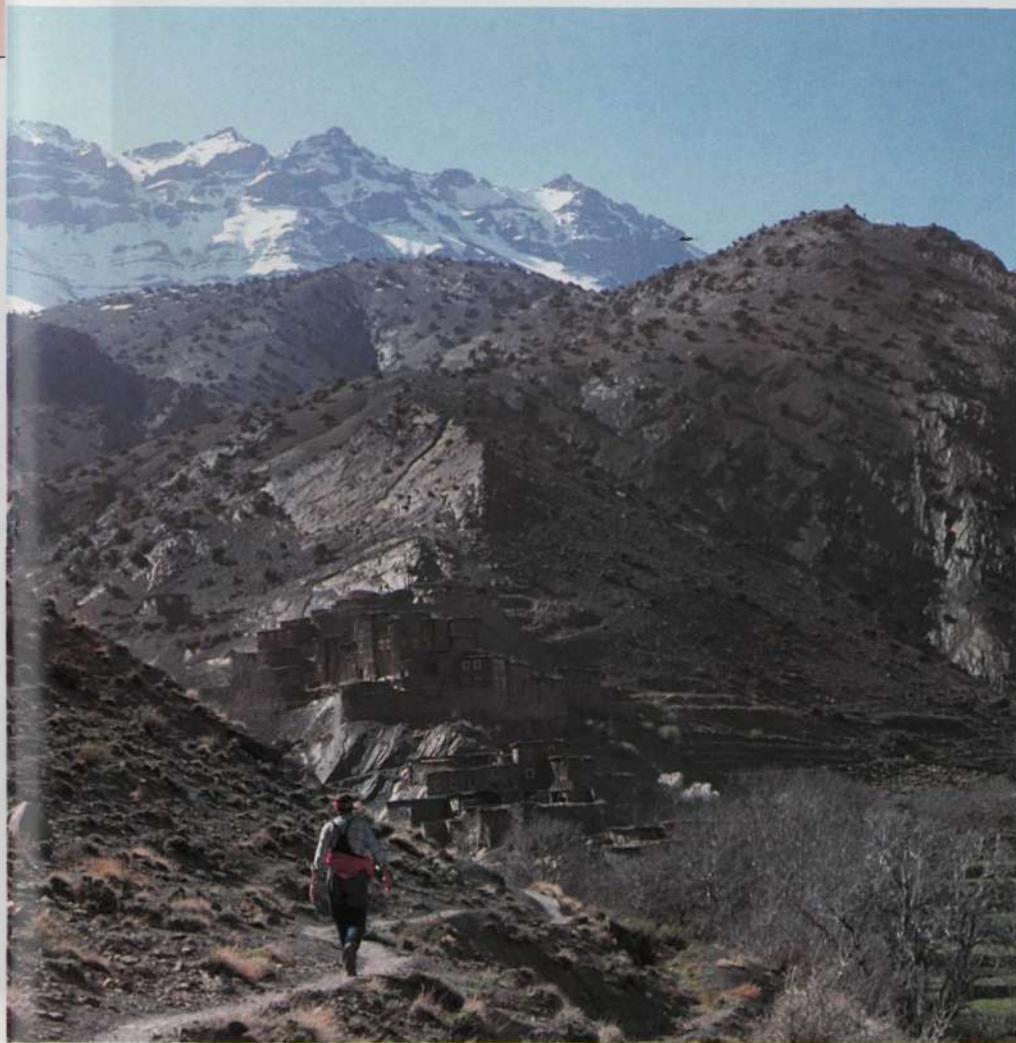


### Un té en el camino

Todo comenzó en Iguelouene hasta donde habíamos llegado desde Demnate en camión. Polvo, frío, calor... Los niños, acostumbrados a no ver demasiada «gente rara», gozaban de nuestra presencia. Tomamos el valle de Assif-n-Ghassef para irlo remontando muy suavemente superando un desnivel de unos 600 metros hasta llegar a Iskounfa, a 2.200 metros. En seguida comenzamos a sentir la hospitalidad de sus habitantes. En algunos pueblecitos, a nuestro paso, gente, totalmente anónima para nosotros, se ofrecía a darnos té. Siempre lo agradeceremos.

Las mulas que no llegan. Se decide dormir en el poblado donde las esperamos. El frío empieza a notarse y la ropa de abrigo están en nuestras pesadas mochilas que portan los animales. Nos quedamos en Iskounfa a dormir. Es de noche. Al final llegan las mulas y sus muleros.

Vamos hacia Tizi-n-Itegarn, situado a 2.600 metros de altura. Con las mulas que nos portan todo el material alcanzamos la cota de los 3.000. Se han portado bien, pues les hemos hecho pisar algo de nieve. Pero ya no podían más. En el límite de la nieve ponemos las pieles a los esquís y nos dirigimos a remontar las primeras pendientes en el valle de Assif-n-Soufsmoud.



### Un vivac a 3.300 metros

Alcanzamos la cumbre del pico, ¡vaya nombres, eh!, Jbel Agansou-n-Issis, de 3.569 metros, y por fin, aunque muy poco, descendemos algo en esquís, unos 200 metros de desnivel, hacia un colladito, el de Tzi-n-Iblouzane. Allí, como se nos había hecho tarde, decidimos quedarnos a vivaquear. Era un sitio precioso. A 3.308 metros pudimos contemplar una puesta de sol fabulosa. Y no digamos el amanecer. Pero an-

tes de que cenáramos, Koldo, el benjamín del grupo, se puso malo. Pensamos que víctima de, precisamente eso, su juventud, su falta de experiencia, el cansancio, el quedarse frío en cuanto se metió el sol, etc. Aquél era su primer vivac. Fue muy duro para él. No lo olvidaré. De aquéllo, seguro que habrá sacado el fruto de una buena experiencia. Por muy mala que le resultara en aquel momento. En definitiva, no le reportó más que tener que abandonarnos al día siguiente, que bajó hacia cotas inferiores con nuestro compañero Mohamed.



### El Tignousti, una bonita ascensión con esquís

El día siguiente prometía ser duro. Un desnivel de 500 metros nos esperaba. Ibamos a ascender al Jbel Tignousti, de 3.820 metros. Una bonita subida por pendientes más o menos fuertes, a veces con los esquís a la espalda, pero siempre disfrutando. Desde la cumbre, las vistas sobre otras montañas del Alto Atlas, se ofrecían maravillosas. Había merecido la pena el esfuerzo del ascenso.

Y quedaba, lo que también se disfruta en cantidad en el esquí de montaña, el descenso. Lo iniciamos hacia el valle de Ait Mallal. Espátulas hacia abajo, con una nieve muy buena, vamos perdiendo altura. Algunas cascadas que nos obligan a quitarnos los esquís y a destrepar, dan un aire de más aventura a nuestro esquí-trek. Otros pasos complicados con nieve a veces muy mala e insegura, ponen el punto de máxima precaución, extremando ésta para que nada ocurra.

Por fin, tenía que ocurrir, se acaba la nieve. Esquís a la mochila y a continuar, ahora pateando, descendiendo hacia el valle. Llegamos a Tawaliyn, prácticamente de noche y contratamos unas mulas para que nos lleven la carga a Imi-n-Isk, pueblo situado a 2.055 metros de altura, donde nos juntamos con nuestro compañero Koldo, que estaba ya totalmente recuperado, pero con cierta pena de no haber podido realizar la travesía. Allí pernoctamos. Al día siguiente seguimos andando valles abajo hasta alcanzar Roulgalt (1.890 m.).

### Cerca del Jbel Tarkaddit

Una parte del grupo, tras llegar a este poblado, cogen unas mulas para que les lleve las mochilas hasta el límite de la nieve. Se dirigen hacia el Jbel Tarkaddit, montaña de 3.527 metros. Llegan justo debajo de la cima, hasta los 3.400 metros, y se disponen ya a descender por las empinadas pendientes.



El otro grupo pasea por las inmediaciones de Roulgalt, conociendo sus profundos valles, ríos y cascadas. Al día siguiente, todos juntos ya, iniciamos la marcha hacia Tarban-Ait Moussa. Allí apreciamos el sabor, olor y gran colorido de su mercado, con sacrificio de animales en vivo, despojos, y demás masacres que nos dan cuenta de la vida misma. Matar para vivir...

### Calor. Sed...

En aquel pueblo de fascinante mercado pensábamos tomar algún vehículo que nos condujera a la civilización. Nadie se prestó. Pero no importaba. Parece que los montañeros estamos prestos a sufrir. Y por su-

puesto a aceptar cualquier situación por muy dura que sea ésta.

Y así comenzamos a adentrarnos en el valle de Lakhdar. Precioso. Con vistas maravillosas. Pero también con mucho calor. Nos quedaba por delante 25 largos kilómetros. Comenzamos a remontar el puerto de Tighouza. Había que alcanzar sus 1.870 metros de altura. Con el calor que invadía nuestros cuerpos se asoció la sed. Calor y sed formaban un binomio que se hacía inaguantable. Pero había que aguantar.

Fue en una curva. De repente, tras muchos kilómetros recorridos y después de haber comenzado a descender ya el puerto, se nos aparece, como eso, como una aparición, un pozo de los de antes, pero de los de allí de ahora. Agua fresca. Beber con cuidado, pero beber hasta la saciedad. Maravilloso. Esta-

mos a Agouti. Un Land Rover será nuestro siguiente milagro. Lo tomamos. Se acabó el patear. Más de cuatro horas para recorrer 50 kilómetros por pistas de montaña. Pero no importaba. Descansábamos. Llegamos a Ait Mohamed. Dormimos. Al día siguiente, un baño en las cascadas de Ouzoud, ponen la guinda a ese buen sabor de boca que nos había dejado esta práctica de esquí-trek por el norte de Africa. Por el Alto Atlas. Ello nos hizo conocer otras gentes, otros pueblos, otras costumbres. El bullicio de Marrakech es el punto final en Marruecos.

**ACTIVIDADES REALIZADAS:** del 6 al 13 de Marzo de 1989.

**PARTICIPANTES:** Javier Rivas, Xabier Calvo, Angel Fernandez, Marcelino Carmona «Txelis», Jon Mikel Telletxea, Koldo Aldaz y Juan Manuel Sotillos.

